

CREANGA, RAMA DEL ARBOL LATINO

por DIEGO MIRAN

Tres nombres de la literatura rumaná —Caragiale, Anghel y Eminescu— fueron, en los últimos años, revelados al lector de América Latina. Otro, el de un narrador perteneciente a la misma tradición del dramaturgo y los poetas mencionados, amplía ahora nuestra visión sobre las letras de un sector de la vasta familia de las lenguas romances, en la cual es, sin duda, la hermana olvidada. Se trata del más ilustre cuentista del grupo "Juminea", famoso porque, a despecho de sus ideas políticas, ahondó en los valores nacionales rumanos, procurando extraer de la sabiduría popular sus más legítimas y originales savias. Ion Creanga, nacido a principios del siglo pasado y muerto cuando la centuria agonizaba, llenó con su obra el medio cultural de su patria, y ello no sólo por los valores extrínsecos de su prosa, arraigada en el magma latino, sino por el contenido de espontáneo simbolismo, de fabuloso ánimo, de humorística moralización, recogido de la rica fuente campesina, de la cual procedía.

Creanga acaba de ser vertido al español ("Cuentos y Relatos Escogidos", Losada, Buenos Aires, 1961) y por primera vez sus historias verídicas y tradicionales así como sus leyendas y cuentos pueden ser apreciados. Sin caer en el simple documento folklórico ni en la fácil versión de un episodio anecdótico, Creanga supo poner en el cuento —muchísimas veces alegórico— la mitología del pueblo aún sobrecogido por los espantos y las magias, y en los relatos la lección de sentido común campesino repetidas veces encarnado por el moldavo Ion Roata, que no entiende el lenguaje sibilino del boyardo politiquero y se atiene al discurso de su buena razón. En unos y otros, emana el espíritu descontento, democrático y justiciero de quien es víctima del abuso señorial, y ello sin idealizar a los servidores de la tierra, labradores o pastores, sino más bien describiéndolos con sus pequeñas miserias espirituales: la avaricia, el fetichismo, la introversión hosca y asocial. Y así, si Danila Prepeleac —atolondrado y perezoso— encuentra la fortuna por sus astucias para trumpearle al demonio, Ion Roata —el labrador basto— deshace los trajines cortesanos de los falsos salvadores. Este rústico sabe decir al culto caballero que haciendo remover una piedra a un grupo de campesinos intenta convencerlos de la necesidad de la unión política y bélica: "Usted... nos ordenó traer una gran piedra, pero usted no nos ayudó a traerla... En guerra, atrás es un festín, pero adelante no es lo mismo..."

Sin duda, es esta literatura simple, llana, rectilínea, romántica en cuanto recoge su material del manantial creador colectivo, pero para el lector sumido en las complicaciones de la narración contemporánea constituye una especie de tregua intelectual, en cuyas virtudes naturales hay algo de lo mucho que la razón y la sinrazón actuales han olvidado. Bien puede considerarse este libro como una mirada hacia la literatura que sólo quería entretener y enseñar, aquello con nobles bellezas brotadas como vegetales de la tierra y esto con ejemplos que inclusive por la herencia oral suelen perdurar.

Ion Creanga —nos advierte el editor— se ordenó de diácono, pero tuvo que renunciar a los hábitos debido a tres incorrecciones al parecer imperdonables para la heterodoxia cismática: matar los cuervos de la torre de su iglesia, cortarse los cabellos y asistir al teatro. Culpas graves gracias a las cuales entra en la literatura para cumplir una misión formidable: fundar prácticamente la prosa rumaná. Esto último lo exime de toda responsabilidad con respecto a sus aficiones de tirador, pelicorto y teatrmano. En la traducción (del francés) debida a León Federico Fiel se percibe la originaria riqueza literaria de Creanga, clásico de Rumanía, clásico, en consecuencia, del gran árbol de la latinidad.

